

Desde Europa

por José Luis de Vilallonga

«¡Si nosotros gobernáramos!»

El día del Pilar estuve veinticuatro horas en Madrid. Quería entregarle yo mismo a Antonio García Trevijano, flamante propietario de "Repórter", la entrevista que venía de hacerle en París al honorable Josep Tarradellas. Al llegar al aeropuerto de Orly me encontré con Carlos de Montolieu —barón de Albi "dans le privé"—, vicepresidente de la Cruz Roja Española. No nos hablamos visto desde la muerte de Aquél. Hablamos de política, naturalmente y, por ende, del Rey. ¿Que qué me parecía el Rey? Pues ya lo he dicho antes, sorprendente. ¿Que por qué? Pues por todo. Montolieu, un poco mosca, me dice: "Pues ni a mí ni a ninguno de sus íntimos nos ha sorprendido nunca en nada. ¡Cuántas veces nos había dicho: 'Dejadme subir al trono y ya veréis...!'". Hemos visto. Y he de admitir que casi todo lo que he visto me ha gustado. Por eso seguiré diciendo que el Rey me parece sorprendente. Y no serán los del "bunker" los que digan lo contrario, aunque, a Dios gracias, por razones muy distintas. "El Rey —sigue explicándome Montolieu— no ha llegado todavía a la meta de sus deseos, pero con un poco de suerte llegará". ¿Y cuál es esa meta?, pregunto. Pues hacer de España un Estado moderno, democrático y europeo. Es decir, un Estado normal. Me pongo a soñar. ¡Pobre Rey! Una España europea no se puede hacer más que con europeos, de esos que se parecen tanto a Areilza. Pero con Blas Piñares, Royuelas, Martín Villas, Fragas, Sixtos de Borbón, Covisas y Girones, ¡jamás! Sigo soñando y me digo que si don Juan Carlos pudiese escucharme levantaría desamparado los ojos hacia el crucifijo que seguramente tendrá todavía en su despacho y exclamaría: "Padre, Padre, ¿y ahora qué hago?". Y Padre —que en mi sueño resulta no ser el célebre terrorista palestino, sino el conde de Barcelona vestido de chaqué— le contesta: "Nada, hijo. Echanos a todos y llama a Camuñas, que al fin y al cabo era el único serio".

Perdido estaba yo en estas irrespetuosas divagaciones cuando Montolieu me dio con el codo: "Mira, mira quién viene por ahí...". Pues nada menos que don Santiago Carrillo, de vuelta de Estrasburgo con su maletín en la mano y su periódico debajo del brazo, sin chaleco, sin abrigo y sin guardia de corps. Nos abrazamos y le presento a Montolieu. "Sí, sí —dice éste—, nos hemos conocido en palacio, el día del santo del Rey". Montolieu se eclipsa rápidamente para tomar el avión de Barcelona. No hemos hecho más que sentarnos Carrillo y yo en una banqueta, cuando vemos llegar por el pasillo, toda de azul celeste

—los ojos inclusive—, a Carmen Díez de Rivera. Nuevos abrazos. Carrillo me la presenta. Es mucho más guapa que en las fotografías. La inteligencia estática es una cosa fría, pero así, con esos ojos que parecen robados de una vitrina de Cartier, con esas sonrisas que aprueban o que desprecian, con esas manos italianas que subrayan ideas y dan paso a ciertas palabras, la inteligencia se vuelve belleza y la belleza calidad.

Carmen Díez de Rivera ataca sin perder un segundo:

—Ese pacto histórico de la Moncloa era verdaderamente necesario?

Carrillo le dice que sí. ¿Por qué?,

pregunta la gata rubia cruzando las largas piernas enfundadas en democráticos tejanos. Carrillo explica el porqué. No la convence, pero la apacigua. Y para hacerla reír —su risa es un deslumbramiento— le cuenta que durante esa primera reunión en la Moncloa, don Laureano López Rodó le dijo al oído al secretario general del PCE: "¡Ah, si pudiéramos gobernar España los que estamos sentados alrededor de esta mesa!". A lo cual, muy finamente, Carrillo contestó: "Eso es lo que llamaría yo un Gobierno de concentración". El fantasmón se quedó sin habla.

En el avión que nos llevaba a Madrid, una de las azafatas se presentó a Carrillo diciéndole que era una camarada. Se destapó, faltaría más, una botella de Chinchón. Y al aterrizar en Madrid, en lugar de hacernos subir al autobús que toma la gente corriente y moliente para ir al aeropuerto, pusieron a nuestra disposición una camioneta particular dentro de la cual nos encontramos de narices con el señor de Arespacochaga, el de los hotelitos. Al caballero en cuestión no le hizo maldita la gracia encontrarse sentado entre Carrillo y la gataparda que lo miraba como diciendo: "¡comprometido hasta el moño, amigo!". Gran hombre este Arespacochaga, gran político. Y gran visionario. Hablando del futuro del país nos dijo: "¡Esto no tiene remedio hasta que en España no se vuelva a educar a los niños como se les educaba antes!". Profunda idea, profunda.

El analista político que a lo mejor nos vio llegar al aeropuerto debió de hacerse un lío. ¿La gata Rivera se ha pasado al PC? ¡Pues claro que sí! —dirá el analista—. ¡Yo mismo la he visto llegar a Madrid cogida del brazo con Carrillo! Pero... ¿y Vilallonga? Ah, con ése nunca se sabe. A Carrillo le llama de tú y cuando se encuentra con Areilza, se abrazan. Y dígame, ¿Arespacochaga y Carrillo también...? No, por Dios, ése no. Ese, en cuanto se bajó del coche salió por pies. Pues no faltaba más.

